

Perpetrators: specialization, willingness, group pressure, and incentives. Lessons from the Guatemalan acts of genocide

MANOLO E. VELA CASTAÑEDA

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

ADDRESS:

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

Prol. Paseo de la Reforma 880, Lomas de Santa Fe, 01219, México, D.F.

Oficina 005, edificio I, primer nivel,

Dirección del Departamento de Ciencias Políticas y Sociales

Tel. 55 + 5950-4036, ext. 7017

Email: manolo.vela@ibero.mx

Notes on contributor

Manolo E. Vela Castañeda is Professor –full time– at the Department of Social and Political Sciences, Universidad Iberoamericana, Mexico City; where he’s coordinator of Graduate Studies. He was awarded his Ph.D. at El Colegio de México in 2009. 2009 Prize of the Mexican Academy of Science for the best Dissertation. Between 2011 and 2012 he was Visiting Fellow at Kellogg Institute, University of Notre Dame. He’s member of the Mexican National System of Researchers. Author of: *Los pelotones de la muerte. La construcción de los perpetradores del genocidio guatemalteco* (El Colegio de México, 2014); Editor: *Guatemala, la infinita historia de las resistencias* (Magna Terra, 2011). As public sociologist, he is editorialist at *El Periódico de Guatemala*. From comparative and historical sociology, his research topics include the analysis of revolutions, peasant and indigenous rebellions, social movements and other forms of popular contention. He’s also interested in the everyday forms of resistance and the life conditions of workers and ordinary people. Now, he’s working in his research project: “The Days of Thunder. The Cold War in Central America.” [wd.: 176/200]

Abstract

This article is focused in the perpetrators of acts of genocide, and the purpose is to provide explanations about the construction of the willingness to kill. In order to tackle this research problem this article employs a case study: the massacre occurred at Las Dos Erres, Petén, Guatemala, executed at December 7th. 1982 by a unit of the Guatemalan army called "the kaibil patrol" and sixty troops. This event occurs in the context of the acts of genocide that took place in Guatemala between 1981 and 1983. As I explain in the historical context in this article: the high command of the army planning and launched a series of operations that transform the counterinsurgency in acts of genocide. The case raises the question of how it could be possible that young and mostly indigenous and illiterate soldiers, with a low level of indoctrination, were transformed into genocidal perpetrators, committing massacres against indigenous peoples and other non-indigenous communities. The explanation suggests that the process of construction of the perpetrators of the Guatemalan acts of genocide was determined by group dynamics, within which were decisive: specialization, willingness and a complex relationship between incentives and personal ambitions for a career inside the armed forces. There were also other factors, constant for all the troops, and that contributed to the definition of the adversary and the construction of the willingness to kill: racism, indoctrination, organization and the development of the guerrilla war. But it is, ultimately, the group dynamics that determined the process of construction of the Guatemalan acts of genocide perpetrators. Among various types of perpetrators, in the context of the Guatemalan acts of genocide, we focus here on one type of perpetrator, very particular, which is the last step in the chain of command, and that he was involved in massacres committed in the rural area. [wd.: 283]

Introduction

This article is focused in the perpetrators of genocide, and the purpose is to provide explanations about the construction of the willingness to kill.

In order to tackle this research problem this article employs a case study: the massacre occurred at Las Dos Erres, Petén, Guatemala, executed at December 7th. 1982 by a unit of the Guatemalan army called "the kaibil patrol" and sixty troops. This event occurs in the context of the genocide that took place in Guatemala between 1981 and 1983. As I explain in the historical context in this article: the high command of the army planning and launched a series of operations that transform the counterinsurgency in acts of genocide. But the genocide acts were not the only acts of paramount importance. In the cities, military units of torturers were also very active against ladinos; and the army perpetrated many massacres against ladino's rural communities.

The case raises the question of how it could be possible that young and mostly indigenous and illiterate soldiers, with a low level of indoctrination, were transformed into genocidal perpetrators, committing massacres against indigenous peoples and other non-indigenous communities.

La explicación apunta a que el proceso de construcción de los perpetradores de los actos de genocidio estuvo determinado por dinámicas de grupo, dentro de las cuales fueron determinantes: la especialización, la voluntariedad y una relación entre incentivos y ambiciones personales. También hubo otros factores, constantes para todas las tropas, y que coadyuvaron con la definición del adversario y la construcción de la voluntad de matar: el racismo, el adoctrinamiento, la organización y el desarrollo de la guerra. Pero en definitiva

son las dinámicas de grupo las que determinaron el proceso de construcción de los perpetradores de los actos de genocidio ocurridos en Guatemala.

Among various types of perpetrators, in the context of the Guatemalan genocide, we focus here on one type of perpetrator, very particular, which is the last step in the chain of command, and that he was involved in massacres committed in the rural area.

Este artículo se basa en selecciones del libro de Manolo E. Vela Castañeda, *Los pelotones de la muerte. La construcción de los perpetradores del genocidio guatemalteco*, (El Colegio de México: 2014). Pero en este artículo se alcanzan nuevas interpretaciones sobre el rol del racismo en los actos de genocidio. También, se hace una ponderación más avanzada -que la que se halla en las conclusiones del libro- en torno a las dinámicas de grupo de los perpetradores.

¿Qué era lo que -hasta ahora- sabíamos?

Cinco tesis han sido esgrimidas para entender el proceso de construcción de los perpetradores: 1) la obediencia a las órdenes; 2) el desenfreno de las unidades en el terreno; 3) el poder del adoctrinamiento; y, 4) el racismo.

1) Desde abajo –en la cadena de mando- se apela a la obediencia a las órdenes, y se argumenta que las tropas no tenían capacidad de elegir: “Todos debían acatar las órdenes”, es la máxima que condensa esta explicación; porque el que desobedecía debía afrontar castigos. El argumento de la obediencia fue una fuente de legitimación (imaginaria) de las tareas impuestas; al mismo tiempo que era un amortiguador de la culpa. Si los mandos superiores definían lo que había que hacer, ellos mismos –por su posición de poder- otorgaban una especie de seguro de impunidad. Sin embargo, como aquí en este artículo vamos a ver, había órdenes que no podían ser impartidas a todos los soldados; y esto era

algo que desde arriba -en la cadena de mando- se reconocía. Pero esta interpretación es también una justificación de los de abajo de la línea de mando para señalar que, por haber emitido las órdenes, los culpables no son ellos, sino los oficiales del alto mando.

2) Desde arriba –en la cadena de mando- se apela al desenfreno. Se argumenta que los soldados masacraron a pobladores indefensos porque éstos buscaban una especie de venganza inmediata frente a una operación del contendiente. Aquí, entonces, bajo esta interpretación, los perpetradores son quienes, presa del pánico, han perdido la compostura y se lanzan, como fieras, a hacer daño a quienes hallen en las inmediaciones. Las masacres representarían, entonces, para la cadena de mando, un rompimiento de la disciplina. Así, con esta justificación, los de arriba se lavan las manos y apuntan que a quienes hay que perseguir es a los de abajo. La masacre ocurrida en Las Dos Erres demuestra lo contrario, que las tropas actuaron -a pesar de tratarse de una operación de castigo, por una emboscada ocurrida en los alrededores- con planificación y disciplina.

3) Otra explicación hace énfasis en el adoctrinamiento, en las ideas inculcadas a las tropas. Esta explicación puede ser interesante de seguir cuando se analiza al alto mando, oficiales con más de dos décadas de pertenecer a la institución militar, que iniciaron su carrera en el momento de emergencia del anticomunismo, con la contrarrevolución, en 1954.ⁱ

Si bien el alto mando de 1982 planificó las operaciones y emitió las órdenes, ellos no tomaron en sus manos la vida de los pobladores en las masacres. Esta era la tarea de las tropas, y para éstas el adoctrinamiento era un proceso ligero, como aquí en este artículo, también, vamos a tener la oportunidad de demostrar.

4) Otra de las explicaciones está centrada en el racismo. Aquí se hace énfasis en esta ideología que, a lo largo de los años, desde los orígenes de la invención de la nación

guatemalteca, a estado firmemente arraigada en diversos estratos de la sociedad. No obstante, de la presencia del racismo a las masacres, media un proceso, del que quienes han esgrimido esta explicación no logran dar cuenta. Las explicaciones de los actos de genocidio centradas en el racismo no han logrado explicar cómo funcionaba ésta ideología en los diferentes escalones de la cadena de mando.²

¿Cómo se hizo esta investigación?

En la investigación sobre la que se basa este ensayo he hecho uso de la estrategia de caso. Más específicamente yo aquí he trabajado con la estrategia del caso único. El caso es la llamada “patrulla kaibil” y el involucramiento de esta unidad en la masacre cometida en Las Dos Erres, parcelamiento del municipio de La Libertad, departamento de Petén, ocurrida en diciembre de 1982.

La patrulla kaibil fue una unidad única y excepcional en el ejército de Guatemala. Junto a los paracaidistas, éstas eran las fuerzas especiales que actuaban de forma autónoma. La patrulla kaibil constituye, entonces, al mismo tiempo un caso paradigmático y extremo.

La masacre ocurrida en el parcelamiento Las Dos Erres constituye, sin duda, un caso paradigmático, ejemplar, para entender a los perpetradores de actos de genocidio en la historia de América Latina en aquel tiempo histórico. Pero es al mismo tiempo un caso extremo. Es un caso extremo, porque no se trata de soldados ordinarios, reclutados a la fuerza, llevados a hacer el curso de tres meses donde se transformarían en reclutas, para encuadrarlos luego en un pelotón. Aquí se trata de este tipo de soldados, pero que en esta trayectoria brillaron y se re-engancharon, haciéndose soldados profesionales, para luego ascender, y hacer el curso de fuerzas especiales, aprobarlo con altos honores y luego aplicar a la plaza de instructor, y ganarla, y ser los instructores del curso de fuerzas especiales.

Eran soldados que habían experimentado el envilecimiento de la guerra, esta guerra de guerrillas.

El uso del caso tuvo un carácter instrumental, porque esta investigación no se planteaba ser –en estricto sentido- un estudio de caso. El caso era nada más una puerta de entrada al problema de investigación. Otra de las ventajas que encontré en torno al caso es que me permitió enfocarme en uno de los niveles en los que yo quería trabajar: desde abajo. Desde abajo significa el nivel de los soldados que tuvieron en sus manos la vida de la gente. De quienes se hallaron en medio de la vorágine de esa guerra particular que implicaba atacar a civiles desarmados, mujeres, niños y ancianos. La masacre de las Dos Erres es un caso que ejemplifica una política gubernamental ejecutada de forma metódica.

¿Qué evidencias sustentan los argumentos? La evidencia recolectada incluye –entre otras- fuentes orales, entrevistas con ex militares, ex insurgentes, y vecinos, familiares de víctimas y sobrevivientes³ junto con documentos hallados en el archivo judicial.⁴ La joya de la corona en este trabajo consiste en una serie de entrevistas con miembros de esta unidad, quienes forman parte del programa de protección de testigos del Ministerio Público de Guatemala. Pero la virtud envuelve vicios y este caso no fue la excepción. Con ellos hallaba una fuente desde abajo, como debía ser, conforme las premisas del esquema de análisis. Era un relato de primera mano, sin mediaciones. Pero era muy difícil traspasar los límites del relato –para fines judiciales- que ellos ya tenían. A partir de esta base, de este material tan valioso, sostuve otra serie de entrevistas con oficiales militares y otros soldados, quienes entre 1981 y 1983 alcanzaron diversas posiciones en la cadena de mando. Todos ellos me concedieron las entrevistas con la garantía –de parte mía- de confidencialidad. Por ello, en las citas que aquí uso, empleo nombres que no son los de ellos. Como solía decirles a ellos antes de iniciar las entrevistas: más que poder decir

“fulano de tal dice que...”, lo que a mí me interesa –y a los guatemaltecos también- es saber un poco más acerca de qué fue lo que pasó en aquel tiempo.

El artículo está dividido en tres partes: en la primera se presenta el contexto histórico, de manera que el lector pueda situarse en el escenario en que actuaron los perpetradores; en la segunda parte se desarrolla una discusión en torno al papel del racismo en los actos de genocidio ocurridos en Guatemala; en la tercera parte está centrada en entender a los perpetradores y en explicar cómo funcionaban las dinámicas de grupo y otros factores que –se considera- les llevaron a actuar como actuaron.

A. HISTORICAL CONTEXT

Entre 1963 y 1986 (y todavía un poco más allá), en Guatemala, el ejército fue la institución rectora del Estado.

En noviembre de 1981, en el anfiteatro de la Fuerza Aérea Guatemalteca tuvo lugar una reunión, presidida por el Jefe del Estado Mayor, en la cual el Estado Mayor General del Ejército decidió crear fuerzas de tarea. Con esta decisión se dio un cambio en la estrategia de Guerra contrainsurgente. El Ejército reagrupó a sus efectivos e inició un despliegue por fases, concentrando gran cantidad de sus tropas en regiones específicas. Se pasó de un modelo de brigadas, que llevaban a cabo patrullajes en los territorios bajo su jurisdicción; a la creación de un nuevo mando intermedio: el mando de la fuerza de tarea, su jefe, su estado mayor y los jefes de las brigadas y compañías. Esta decisión marca el inicio de los actos de genocidio que tendrían lugar en Guatemala.

La estrategia de despliegue dio inicio desde el centro del país (donde se halla la capital, Ciudad de Guatemala), y desde allí se dirigió con dirección nor-oeste, cubriendo los departamentos de Chimaltenango, Quiché y Huehuetenango, hasta llegar a la frontera con México. Mediante esta estrategia, el Estado retomó el control sobre territorios y poblaciones que –supuestamente- habían cambiado sus lealtades, apoyando a grupos insurgentes, quienes desde 1972 reiniciaron una guerra de guerrillas.⁵

Hacia finales de 1982 la estrategia de las fuerzas del Estado había alcanzado sus objetivos: las guerrillas se habían quedado sin bases sociales. Los pequeños ejércitos insurgentes se habían replegado montañas adentro, o hacia la frontera con México, pero estaban casi intactos. Y de este modo, el ejército puso a salvo al Estado de lo que pudo ser una rebelión indígena y campesina desde abajo.⁶

La implementación de esta estrategia de contrainsurgencia acarrió una catástrofe humana de grandes dimensiones. En muchas aldeas (unas 626), las fuerzas del Estado y otros aparatos paramilitares cometieron masacres⁷, y miles de desplazados en busca de refugio –entre 50 y 200 mil- alcanzaron la frontera mexicana mientras que más de un millón se desplazó a otras regiones.⁸

Masacre fue el nombre que en Guatemala se dio a los actos que ocurrían en las comunidades. Pero la masacre no solo implica la realización de ejecuciones arbitrarias, sino también violaciones sexuales, mutilación de cadáveres, lesiones graves, tortura y tratos crueles, desapariciones forzadas, el secuestro de niños, pillaje y destrucción de bienes, lo cual sometió a esas poblaciones a condiciones de existencia que propiciaron su destrucción física.

La Comisión para el Esclarecimiento Histórico concluyó que en Guatemala se cometieron actos de genocidio contra los pueblos indígenas: maya-q'anjob'al, maya-chuj, maya-ixil, maya-k'iche', y maya-achi.⁹

¿Cómo construyó el ejército de Guatemala a este soldado que realizaría la mayor matanza en la historia contemporánea de América Latina? ¿Qué cambios fueron necesarios, a nivel de las tropas, para ejecutar aquella estrategia de contrainsurgencia? ¿Eran tropas comunes y corrientes las que ejecutaron las órdenes?, o, acaso ¿la ejecución de actos genocidas requirió de un tipo excepcional de soldado?

B. THE ROLE OF RACISM

Los jóvenes que perpetraron los actos de genocidio no solo se hallaban encuadrados en pelotones, también se les inculcaban ideas. La disciplina de combate se forjaba mediante una mezcla de castigo y convencimiento. Los soldados, además de preocuparse por su supervivencia, mantenían su estado moral si -y solo si- eran capaces de tener clara la causa por la que valía la pena sacrificarse y morir. Necesitaban que el comandante de pelotón les dijera lo que ellos necesitan oír: que luchaban por una causa que trascendía su existencia. Y así, con el adoctrinamiento, el ejército construyó una percepción de la realidad, con la cual logró asegurar la determinación de los soldados en los teatros de operaciones, prevenir la desintegración moral de las unidades y los actos de insubordinación, y legitimar el empleo del terror. El adoctrinamiento hizo que oficiales y soldados se transformaran en fanáticos. Para ello no se requería de un estudio profundo del anticomunismo. Simplemente, la guerra misma resulta siendo un reforzador muy potente, para hallarles sentido a pequeñas frases que definen el sentido común del tiempo, identifican a un adversario y lo que contra éste es válido hacer.

En el adoctrinamiento se hallaban condensaciones de rasgos culturales de larga historia, como el inveterado racismo. De esto mismo también forman parte las ideas del anticomunismo, que se consolidaron con la contrarrevolución de 1954, que acabó con el régimen reformista de Jacobo Árbenz. Junto con ello se encuentra una codificación ideológica de carácter nacionalista. Algunas ideas de la teología católica –en clave conservadora- también formaron parte de aquel discurso ideológico. Finalmente, la doctrina de seguridad nacional aportó razones para legitimar el empleo de la violencia contra los adversarios políticos.^x

Para explicar los actos de genocidio se ha hecho un uso reduccionista del racismo. Pareciera que todo cabe en dicha definición, pero, en lo concreto de los hechos, nada se explica. La empatía por la causa de los pueblos indígenas en su búsqueda de justicia no puede llevarnos a hacer concesiones en cuanto a la calidad de las explicaciones causales que hemos logrado construir y probar, con evidencia. El elemento emocional no puede llevarnos a no examinar de forma minuciosa la consistencia de las tesis que ofrecemos. Sin un entendimiento más preciso del papel del racismo en los actos de genocidio, seguiremos sin lograr explicar el papel que tiene actualmente y las formas como pueda presentarse en otros casos, en otros tiempos, en otros territorios.

El racismo fue un factor causal importante, necesario, quizá, pero no suficiente. Forma parte de la explicación, pero ¿qué papel jugó como una causa? Si ponderamos al racismo como la única causa, o la causa suficiente de los actos de genocidio, tendríamos que preguntarnos por qué no había ocurrido un evento de esta naturaleza antes de los sucesos que se iniciaron en 1981. Como parte de un mecanismo causal, ¿fue el racismo la única causa que llevó al genocidio? ¿fue el racismo una causa suficiente o una causa necesaria?

La lógica con la que se forjó el régimen colonial estuvo basada en el trabajo y la evangelización. Ya sin el componente espiritual, los liberales del siglo diez y nueve hicieron énfasis en el trabajo como “camino civilizatorio” para los pueblos indígenas.¹¹ La muerte, causada predominantemente por enfermedades derivadas de su terrible condición económica y social, era un sub-producto –más no el objetivo- de la dominación. El racismo se halla en la base de los procesos de formación del Estado y de la implantación de las formas de capitalismo. El trabajo forzado, el despojo de tierras, y la creación de las

economías de plantación estuvieron fundamentadas en una jerarquía racial que el Estado reconocía y alimentaba.¹²

Pero a diferencia de otros genocidios (Armenia, Alemania, Bosnia, Ruanda), en Guatemala nunca hubo unas élites que argumentaran a favor de la eliminación de los pueblos indígenas; tampoco hubo organizaciones o grupos que se organizaran con el propósito de matar indígenas de un grupo étnico en particular.¹³ La idea de masacrar a comunidades indígenas, de forma sistemática, fue algo que empezó a hacerse realidad hasta 1981. Nunca en el pasado los pueblos indígenas habían experimentado una amenaza de esta escala.

Esta distinción de fenómenos –las violencias experimentadas contra los pueblos indígenas como parte de condiciones, de muy larga data, de explotación y dominación, y los actos de genocidio- no pueden ser subsumidos en una palabra común: racismo. Necesitamos explicar el proceso que va de un tipo de racismo, inveterado, a otro tipo de racismo, radical, que llevó a la eliminación de –conforme a la definición de genocidio de la Convención de las Naciones Unidas- porcentajes de población perteneciente a diversos pueblos indígenas. Ello hace que esto requiera de una explicación más compleja de lo que hasta ahora se ha intentado.

Conforme la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, conforme el grupo étnico de las víctimas 83.3% fueron indígenas; en tanto 16.51% fueron ladinos¹⁴ ¿Qué factores explican la matanza contra este grupo?¹⁵ El caso de la masacre ocurrida en Las Dos Erres es un buen caso para indagar en este punto. ¿Qué determinó la muerte de estos campesinos ladinos? Desde arriba, con la decisión del alto mando de planificar la operación (la masacre): la forma como la guerra fue cobrando forma a su alrededor y su ubicación geográfica. Desde abajo, con la decisión de la patrulla de acatar las órdenes: la rutinización

de la brutalidad, la hermandad de la sangre. Los perpetradores no necesitaron –en este, como en otros casos- ser fieles creyentes de ideas de superioridad racial frente a sus víctimas.

Necesitamos entender dos procesos: desde abajo, ¿cómo explicar el papel de soldados indígenas que participaron en las matanzas de sus iguales (en términos étnicos), en obediencia a órdenes recibidas por oficiales ladinos?; y, desde arriba, ¿cómo explicar el papel del alto mando de oficiales –preponderantemente ladinos- que instruyeron planes que implicaban que las tropas llevaran a cabo una serie de matanzas contra pueblos indígenas?

Tres tipos de racismo

Puesto que el racismo no es un fenómeno unitario, con mayor precisión aquí proponemos analizar variedades de racismo. De forma específica, para analizar las relaciones entre actos de genocidio y racismo, creo que es preciso distinguir entre tres tipos diferentes de racismo. Estos tipos permiten entender el continuo que va del desagrado social, la discriminación racial, la exclusión social, la segregación territorial, hasta el ejercicio de la violencia, selectiva, o masiva e indiscriminada, la que en definitiva llevó a los actos de genocidio.

Hay un tipo de racismo cotidiano, del día a día, que se vive como parte de ese abismo que ha existido en Guatemala entre los indígenas y los no indígenas. Este se daba cuando había interacciones entre ladinos e indígenas. Esta forma de racismo ha estado diseminada entre diferentes estratos de población, desde las clases altas, oligárquicas, hasta los estratos de ladinos de las clases bajas, en ciudades y pueblos.¹⁶ En este tipo de racismo se hallan expresiones y muestras de desagrado y discriminación, ideas de superioridad e inferioridad,

paternalismo, y cierto ejercicio de violencia. Pero es este un tipo de racismo que no tiene consecuencias genocidas.

Pero había otro racismo, que hacia 1980 y 1981 fue emergiendo en los análisis que del conflicto armado realizaba el alto mando del cuerpo de oficiales del ejército de Guatemala. Aquí se mezclaron las ideas que -desde mucho tiempo atrás- propugnaban el carácter inferior de los indígenas, las fobias fundamentadas en las características biológicas, con una interpretación de la relación de los pueblos indígenas con las organizaciones guerrilleras. Si los pueblos indígenas aceptaron a la insurgencia no fue porque ellos decidieran de forma reflexiva, porque tuvieran raíces propias de insurgencia, ni por la forma como las comunidades se hallaban organizadas, sino que fue porque éstos -como inferiores- fueron engañados. Este tipo de racismo no consistía únicamente en los odios y prejuicios, sino que había ahora una interpretación de un proceso organizativo en desarrollo. Esta es una tradición única, que no tiene comparación con otros tipos de racismo hacia los pueblos indígenas en América Latina. Este tipo de racismo, que llamaremos radical, llegó a propugnar la eliminación de los pueblos indígenas que se hallaban en territorios donde la insurgencia conquistó cierta base social. Este tipo de racismo será analizado con mayor detalle más adelante.

Había un tercer tipo de racismo, éste era el resultado de la interacción entre el racismo radical, que llevó a los actos de genocidio y el racismo del día a día. Este tercer tipo de racismo, que llamo, de los espectadores, se hallaba en los ciudadanos, que observaban, o preferían -a pesar de la gravedad de los hechos-, no observar las graves violaciones a los derechos humanos que, entre 1981 y 1982, en Guatemala, estaban teniendo lugar. Para éstos espectadores los pueblos indígenas eran víctimas inferiores, prescindibles. En esto también tuvo que ver la segregación que los pueblos indígenas han

vivido, aislados en territorios, lo que será analizado posteriormente. Esta forma de racismo, situada en los espectadores, coadyuvó a hacer ciudadanos apáticos, pasivos, indiferentes frente a hechos de violencia extrema.¹⁷

Saber hacer uso de un potente veneno ideológico

Como el racismo no era ninguna novedad ni en Guatemala, ni en el ejército, sino más bien una especie de código cultural; cuando la guerra, la institución armada preciso hacer uso de viejas ideas.¹⁸ El ejército se aprovechó del abismo –geográfico, pero también moral- que desde mucho tiempo atrás separaba a los indígenas de los ladinos. Cuando los actos de genocidio, este abismo situaba a los indígenas fuera de las obligaciones humanas y morales de los ladinos, y esta es una de las condiciones que facilita matar a otros.¹⁹ ¿Qué hubiera sucedido si las matanzas no hubieran tenido lugar en regiones aisladas y distantes, sino en cabeceras departamentales, pobladas predominantemente por ladinos? ¿habrían, podido, los planificadores militares, trazar sus lineamientos como lo hicieron? Por supuesto que no.

La clave del empleo del racismo en el genocidio guatemalteco se halla en la interpretación que el alto mando hizo de la rebelión indígena y campesina. Esto es lo que en definitiva explica la forma como, hacia adentro de la institución militar, a través de sus medios de propaganda, la situación estratégica de guerra se fue presentando.

En el empleo del racismo para llevar adelante los actos de genocidio, el paso fundamental fue el reforzamiento de una distinción: hubo un indígena bueno, leal a la nación, que tomó partido por el ejército; y hubo un indígena malo, traidor, que había sido engañado y que por lo tanto estaba comprometido con el gran mal: la subversión.

En palabras del soldado Martín Ramírez: “La mayoría de gente civil que murió fueron naturales, puros indígenas. Toda esta gente murió porque la guerrilla los engañaba. A estos indígenas la guerrilla los engañó.”²⁰ Para el alto mando de la institución, en su calidad de inferiores, los indígenas habían sido engañados. El racismo afirmaba así ese carácter dicotómico: hay unos, que son inferiores; y tenemos otros, que somos superiores. Los inferiores se han dejado inocular el mal de la subversión, y algo habrá que hacer para devolver el sentido de orden que se ha perdido. El adoctrinamiento hace ver cómo la idea de “los indios que se dejaron engañar por las guerrillas” fue cobrando proporciones apocalípticas, y constituyó la base donde se unen todas las líneas de justificación de la respuesta del Estado. Pero la idea de unas masas indígenas que se dejaron engañar por la subversión podría tener –también– tener otra interpretación, vinculada a los discursos y las promesas de desarrollo. En la disputa que, entre el Estado y los grupos guerrilleros, se libró por estas poblaciones, los segundos ganaron por una combinación de factores: a) el grave estado de precariedad en el que las poblaciones se hallaban; b) el discurso guerrillero, dentro el cual todo era posible; y, c) las promesas del Estado, que nunca llegaron a concretarse en acciones de política pública que propiciaran el desarrollo regional. De allí que dentro de la institución armada el discurso del “desarrollo para el altiplano” tuviera sus propios adherentes.

La distinción, un elemento clave en la construcción de la voluntad de matar a otros, se erigió sobre bases ideológicas. No se les acusó simplemente de ser indios, sino de las opciones políticas e ideológicas que –al apoyar a la insurgencia– habían asumido. En los medios de propaganda del ejército, la presentación del adversario, por lo tanto, ya no se precisó hacer uso de los prejuicios y de los argumentos de inferioridad. Lógicamente, esto hubiese sido altamente problemático para un ejército compuesto por mayorías indígenas,

quienes eran los destinatarios de esa propaganda. Eso explica por qué la campaña militar no se detenía en combatir a las unidades guerrilleras, sino que se concentraba en las poblaciones. Eso explica también por qué era fácil moverse de esa amenaza: la subversión, en los pueblos indígenas, a otras localidades, que no eran indígenas, o en las cabeceras departamentales, donde la práctica del terror selectivo llegaba hasta militantes ladinos.

El adoctrinamiento consolidó una creencia: esa población civil estaba involucrada en el mal. De esa forma, la población civil se transforma, como indica el oficial Rabanales: “la población civil se convierte en el enemigo, al cual hay que combatir.”²¹ En esa convicción se hallan las razones acerca del porqué de la respuesta violenta de los soldados, como lo indica el oficial Rabanales: “Yo vi a galonistas -tropa joven 23, 22 años- con una decisión de combatir y de atacar, y de ver a la población civil como un enemigo, porque está colaborando con la guerrilla y, por lo tanto, está en contra de los miembros del ejército y del país.”²²

Desde dentro: respirar racismo

Presentaremos ahora el conjunto de estereotipos raciales que coadyuvaron a la construcción de esa distancia entre los ladinos, oficiales militares y los indígenas, la población víctima. Las muestras de racismo que a continuación vamos a presentar se desarrollaban en condiciones normalizadas. Estas mismas representaciones del otro, fueron las que cambiaron en el momento en que el enemigo se traslapó con aquellos que tenían años ya de ser racialmente discriminados. El soldado Martín Ramírez ejemplifica un tipo de racismo que se hallaba diseminado en la institución militar: “Uno mismo, siendo indio, le dice indio a otro indio.”²³ Esto forma parte de un trato que viene de los oficiales [ladinos], los eslabones, que hacen funcionar a la gran masa [indígena] de tropas: “así es cómo uno lo

mira de los oficiales: que aquel es indio, que aquel otro es indio, que indio aquí, que indio allá; se va haciendo una palabra común, como un virus, se va metiendo, metiendo y metiendo”, continúa diciendo Ramírez. Así, concluye: “Hasta el peor indio lo trata de indio a uno. Es una frase que le da risa a uno, porque dice uno: ¿por qué este me está tratando de indio y hasta es más indio que yo?”²⁴

El soldado Federico Cristales recuerda cuando, conversando con un oficial, le preguntó: “-¿Por qué no aceptan indios en la Escuela Politécnica [el centro donde se forman los oficiales del ejército]?”. La respuesta permite entender el tipo de racismo que se hallaba concentrado en la oficialidad militar: “-Si algún día vas a la Escuela Politécnica mirá las listas en los tableros. Ahí no vas a encontrar apellidos como Pirir..., apellidos de indios no vas a hallar. Allí sólo Prera, Mazariegos... Da vergüenza que en tu salón de clases, aparezca un apellido Popsoc. Con apellidos indios se desgracia la raza”. El soldado Cristales comenta: “Ahí fue donde yo me di cuenta que ya los oficiales traen eso de la Escuela. En la Escuela [Politécnica] les meten en la cabeza que están estudiando para ser oficiales de clase, no indios, puros ladinos.”²⁵

Otro ejemplo de la forma amplia y profunda en que el racismo se hallaba diseminado por la institución armada lo presenta el soldado Rocael López: “Había un subteniente. Ese señor sólo de indio, sólo de indio... Él le decía a un soldado: -ah, mira: que tal y tal cosa. El soldado le decía: -repítame mi subteniente, que no escuché. Él oficial le decía: -Indio asqueroso, te dije que hagás esto.” Y el soldado López concluye: “...todos los oficiales son así: sólo de indio... Que indio asqueroso, que indio abusivo, que el indio, sino es burro, es abusivo. Así nos trataban.”²⁶

El sargento Julio Roca, Brigada de Compañía, es decir, secretario de la unidad, aquel que, como ya vimos, supervisa la comida, presenta oficios, providencias, las nóminas

de pago, solicitudes del personal para llenar vacantes, ascensos, como él mismo lo describe, en fin, no un recluta, ni un soldado cualquiera, afirma que “la palabra indio nunca se les quita a los oficiales. Ellos esa palabra la traen metida en la cabeza, para tratar de indio al soldado.”²⁷

A los soldados les trastocaban radicalmente los elementos básicos de su identidad. Como ejemplo, el soldado Federico Cristales comenta: “La cabecera es San Cristóbal Verapaz, ahí todos son Poqomchíes, todo lo que es San Cristóbal Verapaz. Nosotros, mi papá, mi familia, no hablábamos ningún dialecto. Yo pienso que soy ladino, porque no se ningún dialecto. Pero en la cuestión de sangre, pertenezco a la sangre indígena. Porque todo San Cristóbal Verapaz es indígena.”²⁸

La identidad étnica había sido desplazada por una identidad más poderosa, por lo útil que les resultaba para sobrevivir: la identidad ideológica. Antes que indígenas, aquellos jóvenes eran soldados del ejército. No importaba si detrás de las montañas, el enemigo era más parecido a ellos, ni si quienes los comandaban eran mayoritariamente ladinos. Los chivos expiatorios debían ser inmolados para que los otros siguieran su camino en la tierra.

Aislamiento

Las condiciones de acceso colocan a éstas porciones del territorio –en las que ocurrieron los actos de genocidio- en lugares casi inaccesibles. Con la prensa bajo control, lo que en aquellas áreas sucediera supuestamente nunca llegaría a conocerse. El oficial Amílcar Rabanales lo explica de esta forma: “el área que escoge el Ejército Guerrillero de los Pobres, EGP, [el altiplano noroccidental] es mucho más complicada geográficamente, con menos vías de comunicación, lugares completamente aislados, solo se podía entrar por

tierra, pero a pie, no por vehículo. Hay ausencia casi total del Estado y de medios de comunicación”.²⁹

Al final resume el peso de este factor, en su relación con otros elementos: “No es sólo la estrategia que utiliza cada una de las fuerzas [insurgentes], sino que la situación geográfica y de medios de comunicación es algo que propicia, creo yo, una reacción más violenta del ejército.”³⁰

Como en otros casos de actos de genocidio contra poblaciones indefensas, cuando los poderosos se hallan en el punto más alto de su control sobre la sociedad, se da la interrogante ¿Quién se va a enterar? Así, sigue el oficial Rabanales: “Se pensó, de parte de los que allí actuaron, que esto no se iba a saber. Iba a pasar desapercibido ¿Quién se va a enterar aquí? Pero tarde o temprano las cosas siempre se saben. Siempre hay testigos, y siempre van a haber personas que van a dar su testimonio.” Así, el oficial Rabanales resume: “Esas dos grandes cosas [las diferencias en la estrategia del EGP y de ORPA; más, la condición geográfica y la cobertura de medios de comunicación], creo que fueron características importantes de por qué se actuó de manera diferente en cada una de esas regiones.”³¹

Racismo y aislamiento: órdenes de matar

Finalmente, aquellas apreciaciones se concretaron en órdenes e instrucciones militares precisas. El oficial José Víctor Aguilar expone, con un ejemplo, la forma como aquella convicción de que los indígenas que poblaban aquellos territorios eran los enemigos, se transformó en planificaciones y órdenes militares:

En la Fuerza de Tarea Gumarcaaj, escuché una orientación que le daban a un oficial. En esa orientación, una de las expresiones que yo recuerdo muy

claramente fue: -miren, aquí en el mapa, aquí en toda la línea de los Cuchumatanes hacia el norte, todas las poblaciones están con la guerrilla; están colaborando y están involucradas con la guerrilla. Prácticamente, estaban diciendo, y utilizaron el término: -De los Cuchumatanes para el norte, todo lo que se mueve es enemigo. Es decir: cualquiera que esté ahí hay que matarlo.³²

Otro oficial, Julián Domínguez, comenta, acerca de aquella región que: “Daban la connotación de que esa era un área bajo control del EGP. A partir del Triángulo Ixil al norte, usted peleaba contra todo lo que aparecía ahí. Era muy difícil precisar.”³³ Así, las órdenes de aniquilar se dirigían en contra de poblaciones que se hallaban en territorios que –conforma las apreciaciones de inteligencia militar- eran leales a los grupos rebeldes. Ello explica la tónica de la campaña contrainsurgente en la que se cometieron los actos de genocidio.

C. PERPETRATORS

En el momento de los actos de genocidio (desde 1981 y hasta 1983), los oficiales superiores del ejército de Guatemala –con posiciones en áreas de planificación- constituían una generación cuya trayectoria se había desarrollado en un clima violentamente anticomunista. Ellos habían iniciado sus carreras militares después de 1954. Aquel tiempo está marcado por la gestación de un movimiento conformado por la oligarquía, la Iglesia Católica y los militares –los de alto rango en aquel entonces-, quienes, apoyados por Estados Unidos, frenaron un proceso de reformas sociales, incluida una reforma agraria. El anticomunismo nucleó la alianza entre las clases altas y los hombres de armas; y, en adelante, ese conjunto de ideas iban a hacerse la argamasa del orden político.³⁴

Pero lógicamente estos oficiales, los de los escalones superiores, no iban a comprometerse directamente con las matanzas que llevaron a los actos de genocidio. Los oficiales superiores planificaron las operaciones en las cuales se iban a llevar a cabo masacres, supervisaron la ejecución de los planes, acompañaron a los oficiales subalternos, cuidaron su moral, toleraron y animaron este tipo de comportamientos. Los oficiales superiores gozaban de cierta distancia entre ellos y lo que las tropas a su mando debían hacer y estaban haciendo. Finalmente, la institución militar era una burocracia.

Y entonces ¿quiénes llevaron a cavo la matanza? Las masacres fueron llevadas a cavo por los escalones más bajos, las tropas, los soldados. A ese nivel, el escenario estaba formado por jóvenes, reclutados de manera forzosa, a través de las “agarradas para el cuartel”.³⁵ Este era el mecanismo por el cual el ejército se hacía de hombres.

En el perfil demográfico de las tropas destacan tres rasgos principales: 1) se trataba mayoritariamente de hombres, jóvenes, de entre 18 y los 20 años; 2) eran mayoritariamente

indígenas³⁶; y, 3) eran mayoritariamente analfabetos (su idioma materno no era el castellano).³⁷

Todo daba inicio con la llegada de los nuevos reclutas al CAR (Centro de Adiestramiento de Reemplazos), ubicado en la Brigada de Infantería con sede en el departamento de Jutiapa. Durante tres meses, allí tenía lugar el curso “tigres”, que iba a transformar a los jóvenes en reclutas, y luego en soldados. Su formación militar era escasa, rápida.³⁸ Al término de este proceso los nuevos soldados eran asignados a los pelotones. Aquí no mediaban criterios étnicos, lingüísticos, ni territoriales. No se buscaba conformar pelotones de un mismo grupo étnico. No predominó la lógica de organizar grupos constituidos exclusivamente por reclutas de determinado grupo étnico para realizar operaciones donde prevalecía otro grupo étnico. Todas las identidades eran borradas. El soldado se integraba a un pelotón, y la única identidad que contaba era esa: la de soldado guatemalteco. Con este criterio fueron constituidos los pelotones que perpetraron los actos de genocidio en Guatemala.³⁹

Ya en el pelotón daba inicio otro proceso de instrucción. Este estaba más relacionado con las operaciones en el terreno. Este entrenamiento estaba a cargo de quien acompañaría al soldado en las operaciones: el subteniente, su comandante. Este era el eslabón entre la tropa –mayoritariamente indígena- y el mando militar –mayoritariamente ladino. Aunque separados por el abismo de la jerarquía, la distinción étnica y lingüística, soldados y oficiales eran jóvenes de las mismas edades. Aquellos recién graduados en la Escuela Politécnica con el grado de subteniente eran los encargados de conducir a los soldados en las operaciones militares, de entrenarlos y de cuidar su moral.⁴⁰

En este tipo de institución la convivencia cotidiana es total. Los pelotones se transformaban en grupos primarios cuya solidaridad aseguraba su funcionamiento.⁴¹ La

tropa compartía experiencias límite: estar en peligro de muerte, donde la vida de unos depende de la acción de otros. Los actos de indisciplina, más que una afrenta contra el ejército significaban una irresponsabilidad para con la unidad militar. El altruismo, la bondad, la lealtad y el sacrificio cotidianos, que en los grandes discursos y rituales eran presentados como respaldando a Guatemala y la civilización occidental, en la realidad respondía a la cohesión que dentro el grupo primario se había formado. En una simbiosis, mientras el grupo primario terminaba de transformar a aquel joven en soldado, la guerra forjaba la cadena de obligaciones morales entre los integrantes del pelotón.

Como instituciones totales (*a lo Goffman*⁴²), los ejércitos eliminan la autonomía moral de sus integrantes. Son parte de esta institución total el encierro; la estandarización física (corte de cabello, uniformes); el establecimiento de jerarquías, que se demuestran organizativamente, y que se portan de manera pública (para ello: las insignias); la rígida rutinización de la vida y las formas de control del tiempo; las modalidades de instrucción y formación; la prohibición del **uso** de los idiomas indígenas; la jerarquización de las relaciones; la organización de grandes rituales; las siempre imprevisibles formas de castigo; el disciplinamiento permanente; y, las exigencias de limpieza y condición física. El resultado de ese proceso lo llamo encuadramiento. Este tiene lugar en el pelotón, la unidad dentro de la cual -tras haber pasado por un curso básico de tres meses- el soldado iba a pasar los 27 meses restantes de su servicio militar. El pelotón es como una máquina que se mueve, sin ninguna relación con la decisión de sus miembros, en una sola dirección. En palabras del oficial Amílcar Rabanales:

A diferencia de otras instituciones donde uno puede mantener ciertos criterios, autonomía o independencia, el ejército lo absorbe. Lo colocan en la unidad más pequeña: una escuadra. Ésta es manejada por un cabo, que es tropa. Al

integrarse Usted en esa escuadra, y ser parte de ese pelotón, usted pasa a ser, no digamos un número, una persona cuya identidad tiene que amoldarse a la personalidad que toma la organización. Usted puede no estar de acuerdo con algo, pero se lo tiene que aguantar, y va a actuar conforme está actuando la organización. [...] Era un sistema en que ellos [los soldados] dejaban casi incluso, no digamos su pensamiento, porque obviamente eso sí no lo pueden hacer, pero que estaban regidos completamente, minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, sobre lo que tenían que hacer. No les quedaban muchas alternativas: o se desertaban, o resistían, aguantaban, se quedaban dentro del sistema.⁴³

Specialization, a very little group

Pero, de forma concreta ¿qué pasaba? ¿todos los soldados encuadrados de la forma como hemos visto, participaron de forma entusiasta en las matanzas? o ¿es que acaso todos fueron forzados a hacerlo?

En las matanzas existía una división del trabajo. Estaban quienes se dedicaban a reunir a los pobladores, y ya concentrados en el centro de la aldea, encerrados en locales, como iglesias o escuelas, debían controlar que nadie escapara. Estaban otros que eran apostados en los alrededores de la aldea, para hacer frente a una incursión de las unidades guerrilleras. Éstos mismos debían capturar a quienes se acercaran a la aldea. Ya luego, dependiendo de cómo se diera el operativo, podría haber otros que se encargaban de llevar a quienes iban a morir a un lugar aparte, donde eran ejecutados, por otro grupo, especializado, “el grupo de choque”, los destazadores.⁴⁴

El oficial Amílcar Rabanales confirma la tesis de la conformación de estos pequeños grupos, encargados de matar: “En una situación de estas [masacres] estoy seguro que hubo muchos soldados que no participaron [...] Estaban ahí, pero no dispararon. No fueron partícipes de la situación que estaba sucediendo.” Y remarca: “de una unidad, la mayoría no participó en estas situaciones.” Se trató, entonces, concluye Rabanales, de un pequeño grupo: “...Fue un grupo más reducido. Dentro de la misma unidad siempre había un grupo más radical. Dentro de los mismos pelotones, dentro de la misma tropa, se encontraban soldados muy aguerridos, soldados muy violentos [...] se fueron poniendo muy duros, muy radicales.”⁴⁵

¿Cómo se organiza una unidad militar para ejecutar una masacre? El soldado Martín Ramírez lo coloca en estos términos: “Lo único que varía son los puestos que cada quien va a llevar”. La condición determinante es la especialización: “[los oficiales, que conducen y supervisan el desarrollo de las operaciones] consideran a cada persona ¿Qué clase de persona es? Si es un tipo que está preparado para matar a otro a sangre fría, entonces está calificado.” Ellos son quienes forman parte de un grupo especial. Sigue indicando Ramírez: “A esos los ponen en el grupo que va a llevar a cabo ejecuciones.” Distinguen, entonces, a este tipo de soldado de otros, “Los que no, que saben ellos [se refiere aquí a los oficiales] que no sirven para eso, a esos los mandan a otros grupos, ya no a grupos donde se va a ejecutar gente.” Lo determinante está condensado en la siguiente afirmación: “No fue de que a cualquiera fueran a halar y decirle: -mirá vos: vos vas a matar aquí. No, esos [los ejecutores] son seleccionados.”⁴⁶

El relato de la masacre ocurrida en Las Dos Erres –reconstruida en *Los pelotones de la muerte...*, desde la perspectiva de los propios perpetradores- confirma este patrón.⁴⁷ La patrulla kaibil se concentró alrededor del pozo, donde a lo largo del día fueron matando a

las víctimas. Los otros soldados, que participaron en la operación, tuvieron a su cargo otras tareas –reunir a los pobladores, vigilar a las víctimas para que no escaparan, llevar a los pobladores al pozo, hacer seguridad en el perímetro del parcelamiento-, pero a ninguno se le involucró en el asesinato de los pobladores.

Pero, si éstos, los carniceros, eran elegidos, ¿de qué forma se realizaba este proceso de selección? ¿qué papel jugaba aquí la voluntad? ¿incorporarse a este “trabajo” era una decisión voluntaria?

Willingness and Incentives

Quienes participaron en las masacres lo hicieron de forma voluntaria. Nadie les obligó a participar. Fue un proceso en el que ellos mismos se seleccionaron para matar. ¿Cómo fue ese proceso con el cual al interior de los pelotones se fueron construyendo unidades radicalizadas que se encargaban de tomar en sus propias manos las vidas de quienes iban a ser asesinados?

Pero sí, como hemos visto, a manera de las verdades en la piel de una cebolla, los soldados podían elegir, ¿Qué les hacía elegir matar? Aquí desplegaremos una serie de argumentos: la presión de grupo, los incentivos y ciertas disposiciones –de parte de algunos- para hallar gozo en esta labor.

a) La presión de grupo

Un pelotón es un enjambre de jerarquías, operando en múltiples direcciones. En la cadena de mando, no todo va –como podría pensarse- de arriba hacia abajo. Además de este vínculo –hacia arriba- entre el soldado y su superior, el oficial encargado, adentro del pelotón –como es lógico suponer- los soldados recibían presiones de otros soldados, que integraban, como ellos, la misma unidad. Y el oficial, que también era objeto de presiones,

desde arriba, por su superior, el capitán, comandante de compañía; pero también desde abajo, de sus propios subordinados.

Más que analizar al pelotón como una unidad, aquí hay que poner atención a los pequeños grupos que al interior de este se formaban, por las afinidades de sus integrantes. Este era el sitio de la camaradería y de la amistad entre iguales. Y este era el sitio en donde la presión de grupo se vivía.

La clave de este proceso de auto-selección está en el desarrollo de una relación entre el oficial –comandante del pelotón- y unos cuantos soldados, un pequeño grupo, quienes estaban dispuestos a actuar de forma perversa en este tipo de “operaciones militares”. El soldado Jorge Roldán recuerda cómo: “ellos [los soldados] tienen que demostrar lo que ellos son. Yo considero que estando ahí, los jefes dicen: -ah, pues este está bueno, este sí lo hace [matar]. Entonces, los soldados quieren darse su importancia, matando. Tienen que demostrar. No se van a negar y decir no puedo. Lo tienen que hacer, porque si no de nada sirven.”⁴⁸ En palabras del soldado Mateo Salazar: “Ellos [los oficiales] lo ven con discriminación a uno... Pero si Usted es un tipo de los que no se niega a matar a otro: esos son bien queridos con ellos.”⁴⁹ Como parte del proceso de selección que hemos comentado, se da aquí la distinción entre quienes deciden participar y quienes no.

b) Incentivos

El sistema de ascensos era el mecanismo que transformaba a un simple soldado en un eslabón comprometido en la cadena de mando. Y así, unos perpetradores se convertían en tales porque avizoraban la posibilidad de escalar, de hacer carrera. El ejército era una institución que les proveía recursos, económicos; pero que también podía darles

reconocimiento personal, y un espacio para ejercer poder. El oficial Julián Domínguez explica el funcionamiento del sistema de ascensos:

Entraba como soldado raso de segunda. [...] Su comportamiento, su fibra⁵⁰, lo llevaba a ser soldado de primera. Ser soldado de primera era ser jefe de una escuadra. Ésta se divide en grupo alfa y grupo bravo. El grupo alfa quedaba a mando del cabo y el grupo bravo al mando del soldado de primera. Era una responsabilidad importante ser soldado de primera. El soldado de primera que se proyectaba bien militarmente era candidato para ser cabo.⁵¹

El oficial Mario García Orozco lo comenta así: “Cada 3 meses se iban 2, o 3. Esto genera expectativas de ascensos. Se puede ir un cabo, se puede ir el sargento. Entonces, hay vacantes y hay una evaluación de los 4 cabos para ver quién asciende a sargento.”⁵² Es entonces que se abren posibilidades de escalar en la cadena de mando, y esto tiene una doble dimensión: “La promoción no solo conlleva el aspecto disciplinario y de galones, también hay un aumento económico.”⁵³ El soldado Martín Ramírez explica los salarios prevalecientes entre 1976 y 1978, en la institución militar: “El soldado de segunda, el soldado raso recibía Q26 al mes. El soldado de primera ganaba Q28. El cabo ganaba Q31. El sargento ganaba Q32 o Q35. El brigada ganaba Q45”.⁵⁴ Posteriormente, como un estímulo más, el ejército estableció el bono social. El oficial Julián Domínguez recuerda los propósitos de aquella medida: “tenía dos objetivos: la moral del soldado, que supiera que Q100 le iban a llegar a la mamá o a la esposa. Y lo otro era mover la economía de la comunidad o de la aldea”.⁵⁵

Además de este proceso de ascenso por el escalafón militar, entre los soldados y los oficiales se establecía un intercambio. A lo largo de su carrera los oficiales ascenderían en el mando y ello les llevaría a posiciones privilegiadas, con acceso a puestos de trabajo de carácter administrativo, que ellos podían repartir. El soldado Salazar cuenta que quienes estaban dispuestos a matar reafirmaban –a través de esas acciones- una relación con los oficiales, de tal forma que éstos “...los andan jalando: que si a este coronel lo cambiaron a tal parte... hay una plaza por ahí”.⁵⁶

En promedio, los integrantes –soldados- de la patrulla kaibil continuaron prestando sus servicios, ya como trabajadores administrativos, en la Escuela Kaibil, por 9 años; otros fueron trasladados al Estado Mayor Presidencial; y otros más al Estado Mayor de la Defensa Nacional. En la trayectoria que todos ellos siguieron en la institución militar se confirma este patrón: largas carreras militares, coronadas con puestos administrativos en posiciones de privilegio.⁵⁷

c) Los unidades de veteranos

En 1981, el ejército entendió que debía crecer rápidamente, a un ritmo mayor de cómo hasta entonces lo había hecho, por medio del reclutamiento y la preparación de reemplazos. Una situación de crisis militar debía resolverse con urgencia. El oficial Domínguez comenta algunos rasgos de aquella condición de crisis que por entonces se vivió: “Ya no hubo soldados voluntarios, ni semi-voluntarios que quisieran prestar servicio militar. Los que eran agarrados a la fuerza se desertaban de las áreas de entrenamiento, estaban muy poco tiempo.”⁵⁸

El oficial Méndez señala que, en 1981, el Ministro de la Defensa presentó al Presidente una propuesta para aumentar los efectivos del ejército. El Presidente Fernando

R. Lucas no concretó este plan. Pero esa disposición iba a cambiar con el golpe de Estado de marzo de 1982. Entonces, el ejército volvió a hacer el mismo planteamiento. En respuesta, el Jefe de Estado, Efraín Ríos Montt autorizó el incremento de las fuerzas militares en un 33%. Aquello se concretó, expresa el oficial Méndez, “convocando a todos los soldados que habían cumplido su tiempo de servicio para que se reintegraran por un año al ejército, devengando un salario un poco más alto del que habían devengado. Ese fue el atractivo que a ellos se les ofreció.”⁵⁹ ¿Qué respuesta tuvo esta convocatoria? “La respuesta fue inmediata y rápidamente, el ejército aumentó su presencia en el territorio”⁶⁰, termina diciendo el oficial Méndez.

Para ello se tomó en cuenta a la reserva movilizable, esto es, todos aquellos que ya habían prestado servicio militar.⁶¹ Se trataba de un personal excepcional, plenamente formado después de pasar 30 meses de servicio militar.

Las unidades de movilizados se conformaron con soldados que ingresaron en la misma fecha, “no se conocían, venían de toda la república. Eran unidades nuevas las que se formaron. Ellos escogían a qué Zona Militar querían ir, porque querían estar cerca de su familia.” Señala el oficial Méndez.⁶² Decidir la zona en la que ellos querían estar formó parte de los incentivos que a estas unidades les fueron concedidos. Éstas unidades se crearon “Con el propósito de empeñar unidades militares, mejor preparadas, en el área de la costa y a los movilizados, enviarlos hacia el área del Quiché”, señala el oficial Domínguez.⁶³

Como es lógico suponer, al mando de estas unidades, como comandantes de pelotón, no iban jóvenes subtenientes recién egresados de la Escuela Politécnica, sino experimentados Sargentos Mayores. Ello coincidió con un momento en que: “ya no hubo subtenientes para comandar pelotones”, comenta el oficial Julián Domínguez. El oficial

Mario García afirma que: “Nosotros teníamos mucha vacante en el grado de subteniente, [Sargentos Mayores] fueron aquellos sargentos de pelotón, o Brigadas de compañía, que alcanzaron cierto nivel en su entrenamiento y en su concepción de ver la causa del Estado [...] Fueron a un entrenamiento de 6 meses. Ellos recibían un curso para ser comandantes de pelotón.”⁶⁴ Dentro de sus condiciones, el oficial Mario García señala que “ellos compartían la cuadra, dormían, con su pelotón, pero comían en el comedor de oficiales. Iban al club de oficiales. Gozaban de francos similares a los oficiales. Tenían una prima de Q300 o Q500.”⁶⁵

Este sistema de reclutamiento paulatinamente se iba a transformar en un serio problema para el ejército. Las razones, las explica el oficial Domínguez: “no gozaban de los beneficios de un seguro, como un soldado regular; las condiciones de logística eran críticas, porque no tenían capacidad de acantonamiento; eran abastecidos en la ruta y eso generaba problemas, sobre todo en invierno; no tenían unidad de relevo, prácticamente entraban un año completo [en operaciones contra guerrilleras].” Todo ello hizo que las unidades de movilizados fueran especialmente propensas a la insubordinación, al “cuestionamiento del liderazgo de los oficiales y de los sargentos que los conducían.”⁶⁶

d) Kaibilización

El aporte que esta fuerza especial dio a la guerra de contrainsurgencia no se limitó – como hasta ahora había sido dicho- a forjar líderes de pequeñas unidades de combate, comandantes o sargentos de pelotón. Estimando el número de comandantes de pelotón Kabiles, en relación con el total de comandantes de pelotón, hacia 1981 y 1982, el número de oficiales y soldados que había pasado por el curso era muy pequeño –alrededor de 300- como para tener un impacto en la conducción de la guerra. Los Kaibiles tampoco formaron

una unidad que –entre 1981 y 1982- actuara de forma articulada (compañías de Kaibiles, por ejemplo). Su aporte se halla en otro punto, que hasta ahora no había sido conocido: la diseminación –a través de cursos- de la forma kaibil de hacer la guerra. En todos los comandos se diseñaron cursos de guerra irregular, diseñados y dirigidos por oficiales Kaibiles. Esto es lo que adentro de la institución militar se conoce como kaibilización del Ejército. El oficial Juan Carlos Galvez lo explica así: “Hay un fenómeno en el Ejército que se llama kaibilización de todos los cursos”.⁶⁷ ¿En qué consistió ese proceso? En “hacer que las técnicas que los kaibiles estaban recibiendo en el infierno [las escuela de fuerzas especiales] se desarrollaran en todo el Ejército. Los egresados de La Escuela Kaibil llevan la semilla y se convierten en los conductores de cursos que van en esa misma dirección.” Apunta el oficial Mario García.⁶⁸ Con ello, el soldado Kaibil, esa máquina de matar, se diseminó por toda la institución, adquiriendo otros nombres, de esos otros cursos: Sultacá, Kamikaze, Cobra, Xinca, Sinacán.

Conclusion

La auto selección de unos para participar en las matanzas, dejaba a otros -que también decidían- al margen. Vistos como débiles, a éstos les asistía una especie de derecho no escrito de hacerse a un lado. Menos aún cabía la posibilidad de denunciar estos actos. Es este uno de los más grandes silencios de la historia de Guatemala. Ningún soldado se ha atrevido a denunciar los actos atroces que en aquellos años les tocó presenciar. Qué fuerte debe ser el peso de llevar este silencio. Pero, más allá de esto ¿por qué ha sido esto tan efectivo?

La responsabilidad del alto mando está en la decisión del cambio de estrategia, de las brigadas a las fuerzas de tarea (hacia noviembre de 1981); y, en adelante, en las decisiones que seguirían, planificando masacres que llevaron a los actos de genocidio contra pueblos indígenas.

La institución construyó la voluntad de matar, al mismo tiempo que aprovechó las dinámicas de grupo, la especialización, la voluntariedad, los incentivos y las ambiciones personales. Los efectos de la propaganda y el adoctrinamiento, la guerra de guerrilla, el racismo y las condiciones de aislamiento, se empalmaron con unas elites militares que - durante décadas- habían forjado sus carreras en un clima de violento anti comunismo. Todos estos fueron factores que, coincidiendo en el tiempo, se fueron intensificando mutuamente, preparando a los perpetradores de los actos de genocidio en Guatemala.

El racismo se hallaba allí, diseminado en los diferentes estratos sociales mestizos, ladinos; pero se exhaltó en el momento de la guerra, cuando el adversario -las elites guerrilleras- se insertó en esos territorios. De esa forma se pasó de un racismo que aquí hemos llamado cotidiano, a otro tipo de racismo: radical.

Es esta una explicación simple y dramática a la vez. Simple, porque era de suponerse que al momento de realizar cualquier operación militar en los pelotones había una división del trabajo. Pero la explicación también es dramática, porque para llevar adelante los actos de genocidio el alto mando castrense no precisó forzar a estos jóvenes para que actuaran como lo hicieron. Estos grupos de soldados decidieron libremente que matar con crueldad era lo que debía hacerse. Y actuaron así con poblaciones con las cuales mantenían más vínculos (porque en su mayoría eran indígenas), que con aquellos que dictaban las órdenes. Atacaron a sus iguales, cumpliendo órdenes que venían de otros, diferentes.

Y sin embargo, no se trata de personas que afrontaran algún tipo de desorden psicológico. Eran personas que hicieron lo que hicieron en aquel momento, como un trabajo, del que además podían experimentar placer, y terminada esta etapa, volvieron a sus vidas como que nada hubiera ocurrido. No eran monstruos, sino que eran (y son) personas normales, que se vieron envueltas por las circunstancias, que ellos también emplearon a su favor.

Guatemala, este pequeño país, dio en aquel momento una lección monstruosa a la historia de la humanidad. Estudiar esta barbarie y tratar de entenderla en toda su complejidad es lo menos que podemos hacer para aprender de lo que entonces nos sucedió como sociedad.

Endnotes

- ⁱ Sobre el anticomunismo en Guatemala, ver: Deborah J. Yashar, *Demanding democracy. Reform and reaction in Costa Rica and Guatemala, 1870's-1950's* (Stanford: Stanford University Press, 1997). También: Manolo E. Vela Castañeda, *Armas, masas y elites. Guatemala, 1820-1982. Análisis sociológico de eventos históricos* (Guatemala: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, 2008).
- ² Marta Elena Casaús Arzú, *Genocidio: ¿La máxima expresión del racismo en Guatemala?* (Guatemala: F&G Editores, 2008).
- ³ La forma como aquí se citarán estas fuentes será con seudónimos. Como advertía a los entrevistados: “más que saber su identidad, lo que a mí me interesa es conocer esta parte de la historia”. Estoy seguro que, para el lector, también será de mayor interés lo que los entrevistados están diciendo -y con ello nos están permitiendo conocer-, sin reparar en las identidades individuales.
- ⁴ El autor tuvo acceso a este archivo actuando en calidad de Perito propuesto por el Ministerio Público en el caso judicial de la masacre cometida, en diciembre de 1982, en el parcelamiento Las Dos Erres. Por este caso, en agosto de 2011, un tribunal guatemalteco condenó a tres ex soldados (Daniel Martínez Méndez, Manuel Pop Sun, y Reyes Collin Gualip) y un ex oficial subalterno (Carlos Antonio Carías López) a más de 6.000 años de prisión. En marzo de 2012 otro tribunal condenó a otro ex soldado (Pedro Pimentel Ríos) a purgar una condena similar. Esta era la primera vez que un tribunal guatemalteco juzgaba a soldados regulares -y un oficial, de bajo rango- comprometidos en una masacre. Previamente, en mayo de 2008, los tribunales habían condenado a cinco patrulleros civiles (Macario Alvarado Toc, Francisco Alvarado Lajú, Tomás Vino Alvarado, Pablo Ruiz Alvarado y Lucas Laja Alvarado), por la masacre, cometida en marzo de 1982, en Río Negro, Rabinal, Baja Verapaz. Hasta 2013 estos eran los dos únicos procesos judiciales que habían alcanzado la fase de apertura a juicio por masacres, realizadas en el contexto de la guerra civil. En marzo de 2013 un tribunal abrió las audiencias en el juicio

contra el ex Jefe de Estado Efraín Ríos Montt, quien gobernó Guatemala entre marzo de 1982 y agosto de 1983. A pesar que el tribunal emitió una sentencia condenatoria, la Corte de Constitucionalidad amparó a los abogados de la defensa y el juicio –de forma insólita, porque el amparo no respetó las instancias procesales regulares- fue posteriormente anulado. Esto tuvo lugar en mayo de 2013.

- ⁵ La guerra de guerrillas en Guatemala dio inicio en febrero de 1962, cuando un pequeño ejército guerrillero atacó un destacamento militar. Y desde allí fue tomando forma un conflicto intermitente, hasta 1996, cuando se firmaron una serie de acuerdos de paz.
- ⁶ Sobre este tema, v. Manolo E. Vela Castañeda (ed.), *Guatemala, la infinita historia de las resistencias* (Guatemala: Magna Terra Editores, Secretaría de la Paz, 2011).
- ⁷ Este es el dato que la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (la comisión de la verdad de Guatemala) consignó en su informe. CEH, Comisión para el Esclarecimiento Histórico, *Guatemala, memoria del silencio. 13 tomos* (Guatemala: Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas, 1999), 3: p. 252.
- ⁸ Myrna Mack y Paula Worby, *Política institucional hacia el desplazado interno en Guatemala* (Guatemala: Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala, AVANCSO, 1990), p. 11. En este estudio se llegó a la conclusión de que el 80% de la población de cuatro departamentos se desplazó por causa de la guerra civil; esto representa el 17% del total de la población de Guatemala.
- ⁹ CEH, *Memoria del silencio*, 3: pp. 314-416.
- ^x Esto se explica con mayor detalle en: Vela, *Armas*, pp. 92-124.
- ¹¹ Esto es lo que se analiza en: Gustavo Palma Murga y Juan Pablo Gómez, “Romper las cadenas”. *Orden finca y rebeldía campesina: el proyecto colectivo de la finca La Florida* (Guatemala: Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala, AVANCSO, 2012).
- ¹² Sobre esto ver: Matilde González-Izás, *Modernización capitalista, racismo y violencia. Guatemala, 1750-1930* (México, El Colegio de México, 2014).

-
- ¹³ Lo más cerca de una formulación de este tipo se halla en el programa de las elites liberales del siglo XIX, quienes, creyentes de la superioridad de la raza occidental, confiaban en que la solución al llamado por ellos “problema del indio” era, por una parte la ladinización de los indígenas (es decir, que dejaran de serlo), y por otra, la europeización del país.
- ¹⁴ En Guatemala, la palabra “ladino” remite a toda aquella población no indígena, pero que tampoco es española.
- ¹⁵ Comisión para el Esclarecimiento Histórico, *Memoria del silencio*, 5: p. 103.
- ¹⁶ Esto ha sido ampliamente estudiado por Marta Elena Casaús Arzú, en: *Guatemala: linaje y racismo* (san José, Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, 1992); y también en: *La metamorfosis del racismo en Guatemala* (Guatemala: Cholsamaj, 2002).
- ¹⁷ Hace falta mucha investigación en torno a este tema: el sentido de conformidad en la sociedad guatemalteca, que fue testigo de los actos de genocidio. Podemos decir que la sociedad que presencié los actos de genocidio fue una sociedad traumatizada por décadas de terrorismo de Estado. Más allá de los actos de violencia, el Ejército diseñó y ejecutó –como parte del repertorio de la contrainsurgencia- campañas de guerra psicológica, y de control de la información. Hacia 1981, en la sociedad guatemalteca se respiraba el miedo, esa sensación de que cualquier cosa puede sucederle a quien traspase cierto umbral definido de manera borrosa: la crítica hacia el régimen, enrolarse en organizaciones gremiales o políticas, ser parte de los círculos de relaciones personales de disidentes. Al final, la gente opta por no enterarse de lo que está aconteciendo o aconteció. ¿Conformidad o indiferencia? Lo que la gente quería era seguir viviendo su vida como si los actos de genocidio no hubieran tenido lugar.
- ¹⁸ Sobre el papel del racismo en Guatemala, ver: José Ramón Gonzáles Ponciano, ““Esas sangres no están limpias”. Modernidad y pensamiento civilizatorio en Guatemala (1954-197)”, en Clara Arenas Bianchi, Charles R. Hale y Gustavo Palma Murga (eds.), *¿Racismo en Guatemala? abriendo el debate sobre un tema tabú* (Guatemala: Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala, AVANCSO, 2004), pp. 1-44.

¹⁹ Por “obligaciones humanas y morales” se entiende aquí aquel básico sentimiento de compasión entre seres humanos. La idea de “abismo moral” se refiere aquí a la distancia que se crea entre dos o más grupos sociales, debido a los prejuicios racistas. Jeffrey Herf, “Comparative Perspectives on Anti-Semitism, Radical Anti-Semitism in the Holocaust and American White Racism”, *Journal of Genocide Research*, Vol. 9, No. 4, 2007, pp. 575-600.

²⁰ Entrevista realizada en febrero de 2006.

²¹ Entrevista realizada en agosto de 2005.

²² Entrevista realizada en agosto de 2005.

²³ Entrevista realizada en febrero de 2006.

²⁴ Entrevista realizada en febrero de 2006.

²⁵ Entrevista realizada en febrero de 2006.

²⁶ Entrevista realizada en febrero de 2006.

²⁷ Entrevista realizada en febrero de 2006.

²⁸ Entrevista realizada en febrero de 2006.

²⁹ En este fragmento el entrevistado hace una comparación entre las características de este territorio, donde se implanta y desarrolla su accionar político militar el EGP y la Bocacosta Suroccidental, donde se halla la ORPA. Sobre esta otra zona, advierte el oficial Rabanales: “Tenemos una parte sur occidental más expuesta a los medios de comunicación: lo que sucede en algún lugar, inmediatamente se va a saber en el municipio o en el departamento, por la geografía, por la composición territorial, por las vías de comunicación y por los medios de comunicación”. Entrevista realizada en agosto de 2005.

³⁰ Entrevista realizada en agosto de 2005.

³¹ Entrevista realizada en agosto de 2005.

³² Entrevista realizada en agosto de 2005.

³³ Entrevista realizada en agosto de 2005.

-
- ³⁴ En un proceso que hace falta estudiar aún, entre 1944, cuando un movimiento urbano derrocó a la dictadura de Jorge Ubico, y 1952, cuando se promulgó la ley de reforma agraria, la ideología de las elites guatemaltecas se transformó de conservadora a anticomunista.
- ³⁵ Las agarradas para el cuartel constituyeron la forma en que el ejército se hizo de recursos humanos. Éstas estaban a cargo de los comisionados militares, a quienes cada tres meses les era fijada una cuota de reclutas que ellos debían completar. Los comisionados salían a las calles de los pueblos a cazar jóvenes, a quienes subían a camiones y pick-ups, para luego llevarlos a los cuarteles militares. Vela, *Los pelotones*, pp. 148-50.
- ³⁶ Esto fue desarrollado en Vela, *Los pelotones*, p. 147.
- ³⁷ Esto fue desarrollado en Vela, *Los pelotones*, pp. 147-8.
- ³⁸ Esto fue desarrollado en Vela, *Los pelotones*, pp. 151-8.
- ³⁹ Vela, *Los pelotones*, pp. 160-1.
- ⁴⁰ Vela, *Los pelotones*, pp. 162-4.
- ⁴¹ A lo largo de la guerra, el número de bajas nunca llegó a afectar la cohesión de estos grupos primarios. Ni siquiera en 1982, cuando se llagaron a contabilizar más de 500 soldados y más de 90 oficiales muertos en combate. El dato viene de uno de los oficiales entrevistados, Guillermo Méndez, quien tuvo a la vista la evaluación anual de operaciones del Estado Mayor General. Sobre la idea de grupo primario, ver: Edward Shils y Morris Janowitz, "Cohesion and disintegration in the Wehrmacht in World War II", *The Public Opinion Quarterly*, Vol. 12, No. 2, 1948, pp. 280-315.
- ⁴² Irving Goffman, *Asylums. Essays on the social situation of mental patients and other inmates* (Garden City, N. Y.: Anchor Books, 1961).
- ⁴³ Entrevista realizada en agosto de 2005.
- ⁴⁴ Esta forma de nombra a este tipo de perpetradores se halla en Ricardo Falla, *Masacres de la selva. Ixcán, Guatemala (1975-1982)*, (Guatemala: Editorial Universitaria, 1992): p. i.
- ⁴⁵ Entrevista realizada en agosto de 2005.

-
- ⁴⁶ Entrevista realizada en diciembre de 2005.
- ⁴⁷ Vela, *Los pelotones*, pp. 365-72.
- ⁴⁸ Entrevista realizada en noviembre de 2005.
- ⁴⁹ Entrevista realizada en noviembre de 2005.
- ⁵⁰ Fibra: expresión que, en el lenguaje empleado dentro de la institución militar guatemalteca, da cuenta de la rapidez y la eficacia en las labores.
- ⁵¹ Entrevista realizada en agosto de 2005.
- ⁵² Entrevista realizada en agosto de 2005.
- ⁵³ Entrevista realizada en agosto de 2005.
- ⁵⁴ Entrevista realizada en febrero de 2006. Entre 1976 y 1981, el valor del quetzal en relación con el dólar fue de Q1 por un \$1.
- ⁵⁵ Entrevista realizada en agosto de 2005.
- ⁵⁶ Entrevista realizada en noviembre de 2005.
- ⁵⁷ Vela, *Los pelotones*, pp. 289-93.
- ⁵⁸ Entrevista realizada en julio de 2005.
- ⁵⁹ Entrevista realizada en julio de 2005.
- ⁶⁰ Entrevista realizada en julio de 2005.
- ⁶¹ La ley constitutiva del ejército define la reserva movilizable así: “A los ciudadanos de treinta (30) a cincuenta y cinco (55) años que hubieren prestado servicio militar obligatorio en la Fuerza Permanente o terminado su entrenamiento en las unidades de Reservas Militares.” (Artículo 93).
- ⁶² Entrevista realizada en julio de 2005.
- ⁶³ Entrevista realizada en agosto de 2005.
- ⁶⁴ Entrevista realizada en agosto de 2005.
- ⁶⁵ Entrevista realizada en agosto de 2005.
- ⁶⁶ Entrevista realizada en agosto de 2005.

⁶⁷ Entrevista realizada en agosto de 2005.

⁶⁸ Entrevista realizada en agosto de 2005.